

DIARIOS DEL CIELO

(1996)

Jorge Palma

Fuimos creados para vivir en el paraíso.
El paraíso estaba destinado a servirnos.
Nuestro destino ha sido modificado.

Franz Kafka

I

DIARIOS INTIMOS

Hice un fuego, ya que el cielo me había abandonado.

Paul Eluard

CASA VACIA

Y la casa sigue estrenando
cada día
un nuevo ramo de soledad.

Llueve y el viento
golpea con fuerza
al silencio sentado
en la mitad
del comedor.

Donde siguen resonando
la voz de los mayores.

LOS NIÑOS EBRIOS

Ayer, si mal no recuerdo
bajaban hacia el río
niños ebrios
gritando con voz de hombres.

Iban golpeando el aire
caliente dentro
de una nube de polvo
anunciando de a ratos
el oscuro perfil
de un trueno.

Iban corriendo
por los suburbios
del cielo
cuando ardía
en la garganta
un olvidado gusto
a vino amargo
y amanecía.

MORAR Y DEMORAR.

Quiero creer que los hombres
no mueren lejos de su patria.
Que los cielos de la infancia,
aquellos ojos, las tardes
que respiramos tu y yo,
las rejas de los patios
encendidos donde te besaba
viven aún en la memoria
del aire.

Quiero creer que aguardan
la sombra fresca de un
verano para regresar
o acaso cansados
de esperar el milagro
de la sangre
siguen soñando
el sueño de los locos
tan testarudos
como esos muertos
que atados a la vida
se resisten
con los huesos
a ser leyenda.

LOS SANTUARIOS.

No sabía como era el mundo
cuando sucedía, por qué
vereda de la sangre
transitaban los ángeles
y los demonios, si acaso
intercambiaban naipes marcados
en una esquina lluviosa
y sin luz, mojados por
la pasión o el desvarío.

En la boca del aire
estaba el viento
en la axila de un santo
bajo la piel amarilla
de un perro moribundo
aullando en soledad.

No sabía nada
y la vida corría
por todas las habitaciones
del invierno
en los cuartos del fondo
donde algunas noches
las mujeres de la casa
hablaban solas
y había fuego
debajo de las mantas.

No sabía nada del invierno
y la soledad.

Nunca supe por qué rezaban
ni a quién, por qué limpiaban
en silencio la cara
de los muertos
y luego se cambiaban
de ropa al atardecer
en las heladas
habitaciones
donde se quedaban.

Y tú pensabas, soñando, quién es ese hombre que
llega silbando
y con flores a la hora de la siesta
a mi madre

ERA EN OTOÑO

Vuelvo al silencio blanco
de la casa roja
y amanece.

Un niño se asoma y bebe
un aprendiz de hombre
sueña, acumula imágenes
guarda en un bolsillo
la silueta de un pez fabuloso
cruzando el cielo
de su cuarto, para ese día
incomprensible
que la muerte
le tiene destinado.

Son los días
sin marcas en la piel
sin duelos en el cielo
previstos en el alma
ni adulterios
ni cuchillos vagando
sin rumbo
una madrugada insomne
por calles sin luz
hasta encontrar
el enmudecido perfil
de un hombre
un árbol
un niño cualquiera
perdido
en un campo de cieno
vaticinado tres años antes
en los ojos afiebrados
de un mendigo.

Y qué decir entonces
de ese tiempo marcado
a fuego
por el color de una
estación,
cuando mi madre cosía
cantando
y no había escarcha
en los balcones
ni amuletos
ni pájaros clavados
en las cabinas telefónicas.

Era azul la luz
del patio
entrando el alba.

Y amarillo el comedor
en otoño
y era mi casa.

ESE EXTRAÑO SABOR

Nos reuníamos
alrededor de una mesa
de un mantel calado, blanquísimo
de un juego de porcelana
con figuras chinas
y lentamente
nos iba envolviendo
el aroma del chocolate
y las galletas,
y esa secreta felicidad
ese extraño sabor
de seguir viviendo
al borde húmedo
de las tazas
entrando
al espumoso mar
y sin recelos.

II

TEMOR Y TEMBLOR

El cielo acostado sobre la tormenta
la nieve sobre los pájaros
los ruidos del miedo en los bosques ásperos.

Paul Eluard

ANOCHECE

Anochece en la ciudad
sin aire
y suben hacia el cielo
reliquias del polvo.

La luna cae vertical
hacia el mundo sepia.

Mientras tanto
sobre la arena caliente
un hombre solo
con un pájaro muerto
en cada párpado
lanza una blasfemia
y entra al mar.

MUNDO NUEVO

Con la ciudad enrejada
la luna ha quedado
del otro lado del mundo.

Un niño, con los ojos
redondos, la descubre
por primera vez,
pálida, arrugada, flotando
entre los altísimos tallos
de hierro forjado
bajo un cielo lejano
afectado de herrumbre.

VIDA COTIDIANA

Uno quisiera morirse
por cada uno de los muertos
de este mundo
sin embargo nunca ha sido
así.

Uno corre a la farmacia
más cercana para salvar
una herida cotidiana
o siente salpicar sus
cortas vacaciones frente
al mar, cuando a alguien
muy cercano le naufraga
el corazón
o en la quinta fila
del caserío
una niña trae al mundo
un racimo de luz
o acaso lluvia
en cantidades
nunca imaginadas
ni siquiera
en las peores pesadillas
de la carne.

PERROS.

¿Quiénes son esos perros
que ladran cuando regreso solo
por calles oscuras
y plazas desiertas?

¿Serán los tres rostros
del infierno?

¿Será el perro?

¿Quiénes son esos perros
que ladran aullando
que agitan la sangre
como dinamita líquida
buscando mi alterada
pulsación
para apagarla?

¿Será el perro del infierno?

¿Serán perros?

GOLPES

¿Quién golpea la puerta del alma
a las tres de la mañana
y no responde? ¿Será Dios?

¿Quién insiste? ¿Quién llama?

¿Será un hombre o un fantasma?

¿Un alma en pena cansada
de peregrinar
o un juego de nudillos apretados?
(mi padre me regaló gemelos
a los veinte años)
¿vendrá a traerlos?

¿Quién me levanta, quién golpea?

¿Será un corazón nunca resignado?

¿O un amarillo, olvidado juramento,
balbuceado en la penumbra azulada
de un hotel, que hoy regresa?

¿Estoy vivo o muerto esta noche?

¿Quién golpea? ¿Quién golpea?

¿Será Dios?

“Todas las cosas de las que hablo están
en la ciudad, entre el cielo y la tierra”.

Ferreira Gullar

UN INMENSO BOSQUE DE LLUVIA.

Escribo con rocío
aunque te llames laura
acodado en mi torpe
desnudez
con esta carta marcada
como único refugio
levantado con el resto
de furia que me queda
o esperanza
porque sueño todavía
y no renuncio
aunque me duela
aunque me doble
acaso porque juego
y te imagino
en cada una de las gotas
de rocío
que me ayudan a seguir,
distintas
a las llamas o antorchas
que llegan a este
sitio marcado por el alcohol
que entran a los baños
a compartir la soledad
o se roban los saleros
y guardan en el escote
siete fichas de teléfono
para llamar a Dios
cuando la vida o la lluvia
les muele el corazón
y amanecen destrozadas
encima de los coches.
Este es el mundo laura
aunque me moje el rocío
de tu boca, este mundo
que me sigue desvelando

acaso porque no hay otro
o tal vez porque todavía
no colonizaron el espacio,
aunque a veces parezca
que se hunde, que no
va más, que se va a pique.

Aunque yo quisiera
(ahora más que nunca)
más que planear las futuras
vacaciones en el espacio
y pensar en las muchachas
que me roban cigarrillos
y me despeinan,
es darte un dulce golpe
en la mirada
abrazarme esta fría
madrugada
a tu esqueleto
y decirte, mirándote
los labios: “nadie en este
mundo se muere de amor”;
en todo caso
uno puede morir
de desamor
de cólera o espanto
de cordura o de cordero
de rabia o convicción
(para el caso es lo mismo);
de incertidumbre
o fuego en las entrañas.

Nadie se muere de amor,
se muere de rocío
o frío talándole
a cada uno el árbol
de la niñez,
de soledad también
laura
y de miedo
o de vejez anticipada
o malparido o sátrapa
o condenado
descalzo y solo
por calles desiertas

golpeado por la llovizna
fría de un ronco amanecer,
río de sordera
que te aplasta
te cercena las alas
y te hunde
te retrata con su
escandaloso titular
a ocho columnas
y con plena libertad
de empresa
te regresa a la vida,
te trae intacta
te hace popular
por diez segundos
en las bocas del café
o en las sucias letrinas
donde claudia y marisa
dejan sus mensajes,
en los zapatos reparados
y su envoltorio,
en la media ración
de harina
cortada con el bolsillo
en el último almacén
del barrio.

Cómo decírtelo ahora
-nunca conocida soledad-
que no fue el amor
quién de dejó tirada
para que los flashes
del infierno trabajaran,
tampoco el rocío;
rostro amargo
cortado por la lluvia.

MUNDO

En este instante
de la dicha
mientras tu me besas
los párpados en silencio
pidiéndome un hijo
están asesinando
a un hombre
en el otro extremo
de tu piel.

Se conversaba en las
cenas frugales.

PALIDO CIELO

En aquellos días, el sol
entraba a las casas
vestido de luto,
cruzaba los zaguanes
en penumbra
arrastrando los pies,
goteando sombra
del grueso sobretodo
oscuro
y en silencio
se sentaba a beber
un caldo vaporoso
abrazado
a la familia
de los huesos.

En ese tiempo
cuando llovía todo el cielo
en la ciudad,
desde las alas plegadas
de los pájaros
hasta las ventanas
crepusculares
del atardecer.

¿QUIÉN?

Entonces alguien decidió
que la vida continuara
también en las habitaciones
enredadas y frías del alma
donde timidamente
comenzaban a desvestirse
los amantes

INCERTIDUMBRE

Y haciendo un alto
en el camino al promediar
la tarde, me abrí el pecho
con la avidez de un niño
para saber
qué había quedado
después de la guerra.

LO QUE DEJO LA TORMENTA

Un silencio en el cielo
y debajo
la sangre desordenada
una sirena varada
un pobre pez tiritando
fuera del agua
la calma anhelada
el desconcierto
las arrugas
en las huellas digitales
y el asombro
la bendición entrecortada
del aire que respiro.

TAMBIEN EL AIRE.

En ocasiones
se volvió púrpura
también el aire
como si estuvieran
velando a un niño
en algún lugar del cielo.

III

EL RELÁMPAGO Y EL TRUENO

A pesar de la muerte a pesar de la tierra menos real
que las imágenes innumerables de la muerte
estoy sobre la tierra y todo está sobre la tierra conmigo.

Paul Eluard

“Sólo la tierra es dura”

V.Aleixandre.

...la tierra, el agua, el fuego, el viento...

NO SOLO LA TIERRA

No sólo la tierra es dura,
la sangre también, el aire
caliente del verano
desatando su fuego
debajo de la piel.

Un rostro en sombra
limita la esperanza,
un golpe certero
arranca un llanto
y alguien aúlla
alguien corre
hacia una grieta
abierta de pronto
en el pecho del aire.

Otro se rompe los dientes
contra la manija oxidada
de un viejo ataúd
para que el día no se acabe
mientras un manojo
de nervios intercambia
astillas y susurros
en un rincón del comedor
y en silencio
un niño enlutado
respira hondo
y se derrumba.

Sin embargo
alguien ha llegado
hasta aquí.

Un desconocido
cruza el torrente

en puntas de pie
e inclinado
sobre el ojo del fuego
lee en el rostro
de su amante
lo que nadie ve
lo que nadie sabe
o sospecha
mientras la noche
se ensancha
mientras la muerte
se extiende
descontrolada
y se incendia
mirando la vida
debajo del mar,
mirando al sueño
encajonado
que lo mira
que se hunde
como una pesada
gota de plomo
bajando sin pausa
hacia el corazón
-y no renuncia-
porque el fuego
adormece
y no sangra,
y la lluvia golpea
como nunca
y no amanece.

y conversaban en voz baja
sintiendo que el tiempo se quedaba

COUP DE FOUDRE

El hombre alto
ensimismado
ante la masa de agua
cayendo del cielo, musitó:
“Ni siquiera nos pertenece
el sonido de la lluvia”.

Y al otro, de un golpe,
se le iluminó la frente
y comenzó a llorar.

PRESENCIA

Antes no había nada
después tampoco.
Sin embargo
la lluvia existe,
a pesar del polvo
y el dolor
de los muertos.

SIN EMBARGO.

Y si todo se desvanece,
hasta la piedra más dura
del cielo,
¿para qué la emoción?
¿para quién el alba?

¿Quién se queda
con ese instante
en las manos?

Si todos se han marchado
en pleno verano
o soledad,
inolvidables rostros
que tala la lluvia
y el rocío,
que la luz
me devuelve
cada día
y embellezco.

la princesa menor se ha marchado
y la reina la espera junto al mar

in memoriam Galia Collazo

TODAS MENOS UNA

¿Hay algo más triste
que unos párpados de niña
dormidos para siempre?

Las luces de los kioscos
giran locamente
bajo la fría llovizna
de Junio.

¿Hay algo más triste?

Nadie contesta
la pregunta del trueno.
Nadie se atreve
con el aire
sin embargo yo lo sé.

Todas las mujeres tienen
vocación de parto
menos una, acaso por edad
por un viejo y triste
resentimiento
quién lo sabe
quién puede saberlo
si sólo acude
si sólo canta
como fría llovizna
de Junio
mojando papeles
abriendo fuego
en tus flancos
vestida de niebla
en la mitad de un ataúd.

Aunque alguien sueñe
dentro de un armario
la resurrección

de las violetas
o junte pétalos
como párpados dormidos
sobre la piel del mar
en la estación flagrante
que arrastró tus alas
hacia el fuego negro
de la infecundidad,
a golpe de rencor
y desatino.

ASI

De alguna manera inexplicable
nos morimos de repente
así
en medio de la lluvia
o bostezando
quizá mirando el mar
el pálido reflejo de la luna
o las estrellas lejanas
ya extinguidas.

Aunque soñemos
vanamente en los espejos.

EL COLOR DE LA CENIZA

El hombre alzó los ojos
al cielo
pidiendo un minuto
más de sombra.

Al río ancho
que navegaba solo
con pájaros o pañuelos,
hacia el Norte
o hacia el Sur,
no lo sabía.

En la quietud
del aire vaporoso
el breve verano
y su estela avanza.

Avanza como el cielo
como el río de pájaros
o peces
como el sueño de pájaros
y peces y él
en el fondo sudando
conteniendo en su lecho
el diminuto temblor de sombra
el resplandor y su relámpago.

Pero la tarde
ancha y luminosa
resiste,
se llena de sueños
y no quiere mirar.
Empuja con el pecho
una llama que golpea
que regresa
en el aire
y lo despierta.

“Avanzo, avanzo,
y no es posible
detenerlo todo”.

Y los niños con alas
saludan al verano
que se marcha,
siguen un pañuelo
rojo o amarillo
que avanza avanza
y los lleva riendo
o nadando
en el aire o el cielo
en el río del pecho
con su llama,
“cada uno con su justo
color”, pensó entonces
secretamente.

Cuando la pluma
de un pájaro
quedó atrapada
entre la cuarta
y quinta página
de su niñez.

“No hubo música en su alma; sólo un vano herbario de
metáforas y argucias
y la veneración de las astucias
y el desdén de lo humano y sobrehumano”.

J.L.Borges.

LA CABALA Y LOS MISTERIOS DE LA VIDA.

Yo pasaba siempre por aquella
calle con gusto a mar, a río
dulce, fatigado por el amor
o herido en la ingle
por lluvia mansa o aguacero
y aquel hombre, encorvado
sobre un libro, intentaba
descifrar el código del cielo.

Pero en el campo
de enfrente
crecían las retamas
amanecían los amantes
clandestinos
mojados por el rocío
y la resurrección
mientras un fauno
encendido corría
detrás de dos muchachos
y las ancianas
del próximo milenio
cantaban de dicha
después del amor
estrenando sábanas
en los tendederos
del mundo.

Y aquel hombre
intentaba revelar
el misterio de los siglos,
con una pierna
a cada lado del torrente
con un pie en cada flanco
del río móvil

el río de fuego, agua
y cielo,
ausente de besos
párpados y piernas
calientes de mujer
de bruces al pozo
que lo llevaba de huesos
uno a uno.

Pero en el campo de enfrente
otros hombres subían
a un barco de hierro
para no regresar.

Se poblaban los hospitales
de gangrena
crecían los vientres
en soledad
y las ciudades,
se multiplicaban
en las antiguas
extensiones del polvo.

Mientras aquel hombre
que olfateaba
las raíces de la sombra
se desvanecía
en el aire cambiante
del último atardecer.

En ese mismo lugar
donde anidan ahora
palomas mensajeras.

ESA HORA

Es esa hora injusta
en que el golpe más duro
muerde el corazón,
y un silencio que aturde
apaga la furia.

Aún así seguimos.

SOMBRA DE PAJAROS

Hay huellas en la arena
al borde del mar

delgadas marcas
que el viento barre
lentamente y sin pausa

contándonos
en un frío susurro
“alguien estuvo aquí”

pero, ¿quiénes eran?
¿a dónde se han marchado?

LA CLASE OBRERA NO VA AL PARAISO

La clase obrera no va al paraíso
viaja apretada en las vísceras de
un trueno o peor: entre el golpe
de alas de un relámpago, suelta
de cuerpo, atrevida de rostro
o semidesnuda.

La clase obrera cose las heridas
del cielo en los talleres del tiempo
también en los telares, soñando,
según quién lo lea y dónde, según
quién lo entienda, comprendiéndolo,
ya que puede ser la bandera
personal o la patria, el norte
de cada uno, la vida entera.

Según quién lo mire. Según se vea.
Aquí o en la China la clase obrera
no va al paraíso; viaja atormentada
en las vísceras de un trueno apretada
en las vísceras de un pollo
enmudecida en el aire sin alas
que de un golpe sin sonido
se esfuma en el aire
como un relámpago se esfuma
en el aire pesado de tormenta
y desaparece
entre los viejos telares
del cielo.

¿Acaso no éramos los dueños de las rosas?

LOS DUEÑOS DE LAS ROSAS

Esa tarde como nunca
fueron las preguntas
quiénes estaban encima
de la mesa.

Preguntaban por Juan
y por Pedro
que ya no estaban.

Se preguntaba por la casa
siempre encinta
y llena de sol.

Se preguntaba por los tíos
y los que un día desaparecieron
(y ni Dios ni la aventura tuvieron
nada que ver con eso)

Se preguntó por el padre robusto
amante del vino y el placer
y las preguntas
se quedaron boquiabiertas
al saber que ya no estaba.

¿Y la señora de las trenzas largas?
¿Y el ciego del acordeón?

Se preguntó esa tarde
como nunca se preguntó
dónde estaba el perro,
y el cardenal,
y el gato siete vidas
que dormía al sol
con los pescadores
en el río...

Y por cada uno de los pescadores
del río se preguntó.

Y por Claudina
que cuidaba su jardín,
y Sebastián y Carlos
que pintaban la casa
todos los veranos,

y por Beatriz y Amanda
y por Esteban y Ana María,
y por Rosa
y José Luis, se preguntó.

Y por el río interminable
que no regresa.